

—Solo escribo bien vuestro nombre. Cuanto os amo, Aliza!

—Sobre el hielo sí; pero cuando llegue el deshielo vuestro amor caerá en el agua. Sabeis que he perdido vuestra llave? Pero, tranquilizaos: ha sido recogida por una mano blanca que os la traerá pasando por la puertecita.

—Voy á daros otra.

—Sois cerragero, como Luis XVI? Sabeis que sois un hombre peligroso! Violais las cerraduras y los corazones. Adios.

—Adios, yo os adoro!

Y Octavio dió expansion á su alma, fijando en la dama su postrer mirada.

—No es cierto que haya perdido la llave, se dijo: la mano blanca es la suya; vendrá mañana.

XVII.

LA ESCALERA DE ONYX.

Al siguiente dia á la hora del Bosque (pues el Bosque tiene sus horas como las mujeres, y en el mes de febrero no recibe sino entre cuatro y seis de la tarde) la señora de Entraigues se vistió de negro, se echó un velo al rostro, como si fuese una viuda y subió á un coche examinando su portamonedas.

Pensaba en hacer alguna buena obra? iba á llamar á la puerta de alguna miseria oculta?

No es necesario canonizarla tan pronto. En el portamonedas habia tan solo tres ó cuatro piezas de cien sueldos y algunas otras que se dan como una limosna.

Pero tambien habia una llavecita de plata.

La condesa hizo detener el carruaje en la avenida de la Emperatriz, frente al palacio de la célebre señora***, que recibia en aquel dia.

Por qué no entró en su casa? Se habia equivocado de puerta.

En cualquier otro dia la condesa hubiese podido temer á los curiosos; pero en aquel la nieve caia en

grandes copos y los curiosos no asomaban su cabeza en puertas ni ventanas.

Por mas que no hubiese estudiado mucho la geografía, conocía perfectamente la fachada del palacio del señor de Parisis, y por consiguiente no preguntó su camino á nadie para dar una vuelta al rededor del jardin. Esto fué tanto mas acertado cuánto no encontró á nadie en las calles vecinas.

La condesa adivinó la puerta.

—Veamos, dijo si me he engañado.

Cogió la llave y la metió en la cerradura. Ajustaba perfectamente.

Creeis, tal vez, que abrió la puerta?

Nó: retiró la llave y siguió paseando.

Jamás se tiene bastante valor al dar el primer golpe.

Sin embargo, el tiempo no era muy á propósito para seguir indecisa: es necesario que una puerta esté cerrada ó abierta. En la vida siempre se teme abrir ó cerrar una puerta. Abrir una puerta! Qué se encontrará tras de ella? No abrirla! y si os cerraba la dicha?

Para Aliza aquella puerta era la del paraiso y del infierno. La del paraiso es decir, un enamorado que os aguarda. El infierno, es decir, un amante que es aguarda.

Dante hizo bien en ser terrible, pues pintó en el infierno á todos los que se emparedaron en sus pasiones.

La señora de Entraigues volvió á colocar la llave en la cerradura y la dió una vuelta rápida. Era una puerta dócil que no hacia jamás ninguna mueca para abrirse.

Ni para cerrarse tampoco.

Nadie habia pasado por allí desde hacia un dia ó quizá dos. La nieve estaba immaculada como la del Monte Blanco. No se veian en ella mas que algunos geroglíficos impresos por las patas de los mirlos.

Poco le faltó para que Aliza dejase la llave en la cerradura; tan turbada estaba. La jóven imprimió, tambien, sus piecitos en la nieve que era como una página blanca donde escribia su acusacion. Pero ella no veia aun el tribunal. Su piecito metido en una botina que era aun mas pequeña, se dibujaba en líneas que no podian ser mas graciosas.

Un imbécil hubiese preparado el camino; pero Octavio se guardó mucho de quitar la nieve.

Aliza reconoció el invernadero; la puerta se hallaba entreabierta como por descuido. Una vez hubo franqueado el dintel, la jóven respiró y como si las camelias hubiesen florecido en su obsequio, murmuró sonriendo:

—Oh! que hermosas camelias!

Las mujeres se imaginan fácilmente que todo lo que florece y todo lo que canta es una hossanna dirigido á su belleza.

Despues de este primer sentimiento de entusiasmo que procuró reprimir, la jóven se dijo:

—No está aquí! Por ventura se imagina que voy á subir su escalera mas ó menos secreta?

Aunque romántica Aliza era burlona. Esto la dió valor.

—Despues de todo, dijo, por haber cruzado, este invernadero no se me tendrá por una dama de las Camelias.

Reflexionó que Parisis no la aguardaba, pues aquella era la hora convenida. Parecíale que él tambien podia haber cruzado el invernadero para ir á su encuentro.

—Es necesario tomar un partido, se dijo. Se han suprimido los torneos: existen aun enamorados, pero no se encuentran ya paladines.

A semejanza de la puerta del invernadero la puerta de la escalera permanecia entreabierta.

La jóven impulsó esta puerta apoyando en ella su manguito.

—Esta escalera es una alhaja, exclamó de pronto.

Y era una alhaja, en efecto, una alhaja de onyx; la espiral constituia en una maravilla arquitectónica, bien como la escalera del castillo de Anet: era una copia en miniatura de la escalera del palacio Paiva.

—No subiré, dijo.

Y subió el primer peldaño.

Ascendió el segundo porque habia salvado el primero y pisó el tercero volviéndose hácia atrás y con intencion de bajar siempre.

Pero que bien ondeaba la cola de su trage en aquella escalera de onyx.

Se habia de detener en la mitad del camino? su corazon latia con fuerza; la emocion la rendia. Ella que era valiente, aunque perezosa, que tenia la pierna de Diana y que hubiera valzado sin descansar toda una noche, ella se tuvo que apoyar en la balaustrada para no caerse.

Entonces apareció Octavio.

—Ah! sois vos! exclamó el jóven.

Y se precipitó para coger su mano.

—Sí, soy yo, dijo ella con voz ahogada.

Octavio se encontraba delante de la condesa á la cual cogió en sus brazos y besó en los cabellos.

—Ah! dijo ella, no me creí capaz de llegar hasta aquí; pero no iré mas léjos.

—No os comprendo.

—Tampoco me comprendia á mi misma; pero ahora si. Existen en mí dos mugeres: la que sueña y la que habla, la loca y la cuerda. Basta ya de soñar; en mí, la accion no sigue á la palabra; adios.

Octavio cogió violentamente á la señorita de Entraigues y la quiso arrastrar hácia sí.

—Yo os amo, Aliza.

—Y que prueba esto? prueba que yo he venido á vuestra casa, prueba que yo os amo; pero nada mas.

Despues lanzó un suspiro añadiendo:

—Esto es ya demasiado.

Y reuniendo todas sus fuerzas se emancipó á los brazos de Octavio y huyó.

Este la alcanzó en el invernadero.

—Pero Aliza, porque este juego propio tan solo de las coquetas si vos me amais?

Y la volvió á coger en sus brazos. Era necesario vencerla. La jóven palideció é inclinó su cabeza como una víctima resignada.

—Apiadaos de mí, amigo mio! siento que me muerol.

—Os llevaré arriba y respirareis sales.

La señora de Entraigues habia vuelto en sí.

—No, dijo ella, prefiero respirar el aire libre: arriba no teneis mas que el vinagre de los cuatro ladrones.

Y se echó á reir.

—Reís? entonces estais desarmada.

La condesa levantó sus ojos hácia Octavio.

—Rio? preguntó ella; y le mostró dos lágrimas.

El jóven las cogió en sus lábios y se sintió conmovido en aquel juego.

La señora de Entraigues no estaba aun en la puerta. La lucha volvió á empezar. Octavio estaba hermosísimo, pero ella sentia miedo. Su alma arrastraba su cuerpo léjos de las tentaciones; parecíale que una vez fuera del jardin hallaria esa tranquilidad del alma que está mas cercana de la alegría que las fiebres de la pasion.

—No, dijo ella de repente.

Esta vez acababa de romper todos los lazos que aun

la retenian. Octavio comprendió que su papel de seductor habia concluído; conocia demasiado las mugeres para no saber que una vez en su casa la condesa sentiria no haber permanecido algun tiempo mas en sus habitaciones. Confió, pues, en el dia siguiente.

—Entonces, dijo con tristeza, quereis que no seamos amigos? Yo que habia jurado que ninguna muger volveria á cruzar esta puerta sin ser mia! Esto hirió el corazon de Aliza, pero ocultó el daño que le ocasionaba el mancebo,

—Olvidaba el devolveros la llave, dijo, tratando de sonreir. Me consta que son muchas las llamadas y pocas las elegidas. Siento el haber impedido á alguna otra dama el venir á esta puertecita; pero vendrá otro dia, pues no parece sino que para venir á vuestra casa se tiene que hacer cola.

—Qué calumnia! nunca estoy en mis habitaciones.

—Lo comprendo, porque estais en las de las otras. Es igual: coged vuestra llave y colocadla en mejores manos.

Parisis volvió á suplicar y dijo:

—Hacedme un obsequio, guardad esta llave. Mañana, dentro un año, siempre, me hareis el hombre mas feliz del mundo si subís la escalera.

—Pues bien, la guardaré; vendré de aquí á un año, otro dia que esté nevando; hoy he subido tres peldaños; reuniré mi valor para que otro dia pueda salvar seis.

—Os aguardo, y en este dia yo no será tan cándido

para humillarme ante vuestra virtud, bien como si el amor pudiese tener piedad de las blancas tónicas.

—Obrareis como hombre hidalgo, señor de Parisis; contra la debilidad no existe la fuerza. Las violencias donjuanescas me dan compasion; no se toma á una mujer sino cuando se dá. Os amo, pero me guardo. Adios.

La señora de Entraygues huyó, aunque guardando la llave.

El jóven se quedó paseando por encima de la nieve.

—No estoy contento de mí mismo, dijo; hé aquí una batalla perdida.

Entró en el invernadero y saludó filosóficamente sus camelias.

—Vanidad de vanidades! prosiguió. A qué viene este insaciable deseo de conquistar mujeres, como los ambiciosos conquistan ciudades?

Bien es verdad que yo no amo en la señora de Entraygues mas que su belleza y que no quiero embarcarme en una pasion violenta. Ah; si hubiera sido la dama de Palos!

Su imaginacion se habia fijado por completo en esta mujer que solo habia entrevisto.

—Pero la dama de Palos, se dijo, no vendrá hasta la puertecita del jardín. La lis que sostiene con tanto orgullo su mano, quedaria mústia al atravesar el invernadero de las Camelias.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1910. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVIII.

VIOLETA.

No por esto Parisis dejó de continuar en su vida de aventuras. No era hombre para perder tiempo en la realizacion de sus sueños; cada dia era para él como una hoja blanca que era indispensable llenar con una página de historia mas ó menos romántica. Hay hombres que solo viven por la cabeza, otros por el estómago, estos por el espíritu, aquellos por el corazon. Octavio vivia por el espíritu del corazon.

Ni la fortuna, ni la ambicion, ni la fama, tenian para él prestigio alguno: solo se distraia con las aventuras amorosas. Decia que lo que existe de mas desconocido es la mujer y se indignaba del filósofo que habia dicho: «Todas las mujeres son iguales» Para él toda mujer, cualquiera que esta fuese, era un mundo nuevo digno de ser descubierto. Y cuando habia representado el papel de Cristóbal Colon, representaba el de Americo Vespucio.

Octavio cruzaba por la calle de San Jacinto con su amigo Rameé. Volvian de ver á uno de sus compañeros que habia permanecido fiel al país latino hasta